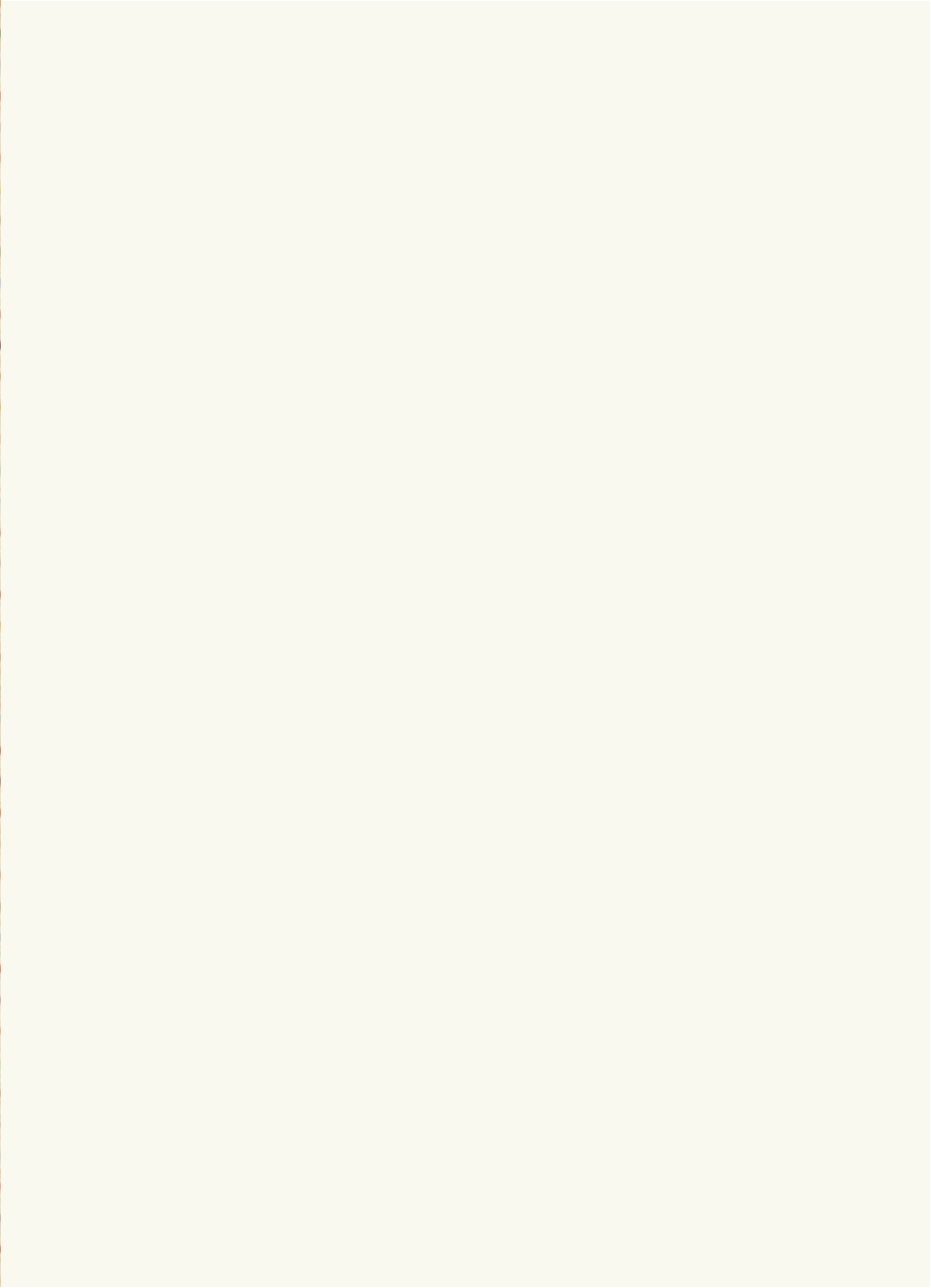


# DEJAME QUE TE CUENTE

María Cristina Márquez



# DEJAME QUE TE CUENTE

María Cristina Márquez



*«No tengan miedo  
si me vienen a buscar»*

El mundo de allá abajo era tan complejo y variopinto como el de arriba. Y estaba superpoblado. Había personas, países, continentes, mares, música, colores. Predominaban la tibieza y la oscuridad, pero las sombras ofrecían variadas tonalidades. Estaban además las texturas, a veces ásperas, rugosas, otras veces suaves como caricias. La música, la de afuera, se colaba, no se sabía cómo, y se mezclaba con las voces, los diálogos y los susurros de adentro, los que se producían abajo, en el mundo de las profundidades.

«Que no pase frío. Que no le hagan daño», repetía Marcelo todas las noches. Esas frases, que eran un rezo, un pedido, una súplica a Dios, un canto y un mantra, organizaban todo ese pequeño universo bajo las sábanas y las cobijas.

«Que no pase frío. Que no le hagan daño», repetía el chico de 11 años, aferrado a la lógica del *ritornello* que le daba sentido a ese mundo propio, privado, pero a la vez tan poblado y cambiante.

Allí Marcelo esperaba, pensaba, soñaba (despierto, dormido, en duermevela), e imaginaba todo lo que sucedía, había sucedido y hubiera podido suceder afuera, en ese extraño lugar lleno de misterios y silencios que se extendía, infinito, más allá de las mantas y la tibieza musical y umbría de su cama.

Allí Marcelo intentaba encontrar las respuestas que el mundo de afuera le negaba con evasivas y miedos. En el mundo de Marcelo se hacía presente la ausencia. El mundo bajo las mantas era el mundo de la presencia de la ausencia. Y en el centro de esa ausencia presente, y de ese misterio, estaba su hermana, María Cristina, *Tina*.

Bajo las mantas no había ocultamientos ni ausencias. Su rezo convocaba recuerdos, sueños, pesadillas, escenas compartidas con Cristina, y también imágenes misteriosas que no entendía. Sus plegarias eran como palabras mágicas. Como un «ábrete sésamo» que disparaba hechos escondidos en los pliegues de las sábanas y los tiempos.

Todo estaba allí, bajo las mantas. El barrio de la zona de la Terminal de Ómnibus. La casa de la familia, en pasaje Mason. El club Rosarinos Estudiantil. Y en todo, sobre todo, y más allá de todo, estaba *Tina*. *Tina* y sus intensos ojos negros. Su gusto delicado por los adornos. Sus detallados relatos sobre lo que hacía en Villa Banana. La militancia. La JUP. El ejemplo de Evita. Las clases de apoyo escolar para los chicos de la villa. El trabajo en el frigorífico Swift. Todo eso cabía allí, entre las mantas y las sábanas.

Algunas madrugadas Marcelo abandonaba ese mundo. Saltaba afuera de un brinco. Solía encontrar a su madre, sola, en la cocina o en el comedor. Sola y demacrada, rumiando y vagando por la casa en penumbras.

El mundo bajo las mantas era también la pileta del club Rosarinos Estudiantil. Las sombras cálidas de allí abajo eran aguas celestes, cloradas, en las que nadaba María Cristina. Los cabellos se le des-



plegaban alrededor del rostro, como una danza de sedas de suaves colores tornasolados.

Junto a los superhéroes que vivían con Marcelo bajo las mantas (Batman, El Zorro) habitaban también los juguetes que habían reunido con *Tina* aquel Día del Niño de 1974 para llevar a Villa Banana. Habían recorrido el barrio pidiendo colaboración a los vecinos. El aroma de aquella chocolatada para los chicos impregnaba las sábanas, las palabras y los recuerdos. Los vecinos se habían portado bien. María Cristina estaba contenta y sonreía mientras preparaba los bolsos.

*Tina* surcaba el mundo tibio bajo las sábanas, feliz, rodeada de aguas de chocolate y juguetes. Entraba, niña y triunfal, a la escuela Pedro Goyena, y luego al Normal 1, y luego al Urquiza. Caminaba, joven y sonriente, con bolsos, y ositos con bolsos, y bolsos con ositos.

Marcelo pensaba que su oración-mantra tenía amigos, amigos que venían a su mundo, convocados por esas palabras. «Los amigos de mi rezo», los llamaba Marcelo. Esos amigos eran otras palabras, otras oraciones («No se asusten si me vienen a buscar», «Mi viejo está en el club», «No tiren»), y también escenas, recuerdos, momentos vividos, y otras cosas también, cosas absurdas, incomprensibles.

La escena que siempre, siempre, venía a su mundo era el viaje junto a María Cristina hacia el Swift en el colectivo 225. De un lado estaba su hermana, hermosa, hablando y sonriendo. Del otro, las ventanillas. Y más allá, inserta en el paisaje de Rosario, disparada por su rezo, también estaba su hermana, y toda su vida, y la de su familia, proyectadas como una película: recuerdos, miedos, pesadillas, y esas imágenes absurdas, surgidas de quién sabe qué pliegues de las mantas, el miedo o el silencio.



A través de la ventanilla del 225 se podía ver, como si de pronto Rosario fuese una pecera, cómo María Cristina nadaba, nadaba en la zona sur, que era toda de agua rosada. María Cristina nadaba y al mismo tiempo hablaba con Héctor, su padre. Ella quería ser independiente, trabajar por su cuenta, en el Swift, militar en las villas, hacer la revolución.

En el mundo bajo las sábanas, María Cristina siempre estaba presente. Su voz era la música de ese mundo, una suave música de fondo mezclada con canciones de Vox Dei. *Tina* bailaba, y llevaba hasta allí abajo, uniendo las profundidades de la pileta con las de la cama de su hermano, las medallas que obtenía en los torneos de natación del club Rosarinos Estudiantil. Sus cabellos jugaban a las escondidas con las aguas rosadas. *Tina* se acercaba a la ventanilla del 225 y le regalaba un beso de pez a Marcelo, y él se reía, y de pronto Marcelo se veía a sí mismo en otro viaje, en otro colectivo, con su madre, viajando a Buenos Aires. Pero no tenía sentido, había algo que no tenía sentido.



Marcelo en el 225 con su hermana, hacia el Swift y, a la vez, Marcelo con su madre, en otro colectivo, hacia Buenos Aires, en busca del sentido y de su hermana desaparecida. Torinos blancos y negros, con las luces altas, perseguían al 225, y ya era de noche, y todo se veía en blanco y negro. Marcelo en dos colectivos a la vez, y en el rastrojero de su padre, en la parte de atrás, en la cúpula, rumbo a Mar del Plata, de vacaciones con su familia. Sonaba «Bailando en una pata» de Juan y Juan, y los Torinos, blancos y negros, con las luces altas, siempre detrás, persiguiéndolos.

*Tina* nadaba en las aguas rosadas del barrio Saladillo y se acercaba a la ventanilla del 225 y decía cosas, muchas cosas. Modulaba lentamente las palabras, muy lentamente, como para que Marcelo le leyera los labios. Dibujaba cada palabra en el agua, con boca de pez. Pero Marcelo apenas podía descifrarlas.

Después el color de las aguas cambiaba. *Tina* se alejaba de la ventanilla del 225, se alejaba nadando junto a su compañero, Daniel Barjacoba, pero ya en el arroyo Ramallo. Los Torinos blancos y negros, con las luces altas, se zambullían para perseguirlos.

Con las oraciones que se presentaban en el mundo de Marcelo («No se asusten si me vienen a buscar», «Mi viejo está en el club», «No tiren») el chico iba elaborando mentalmente un texto, una poesía que mezclaba con palabras de los dictados que su hermana les daba a los chicos de Villa Banana en sus clases de apoyo escolar.

En el mundo de Marcelo, la noche del allanamiento, aquella de mayo de 1976, se repetía una y otra vez, sin descanso. Aparecía, volvía a suceder, una y otra vez, bajo las mantas, a través de la ventanilla del 225, en las calles de Rosario, y en la casa de la familia de pasaje Mason. Siempre se le aparecía a Marcelo. Se repetía. Se le aparecía

siempre. Como infinitas funciones de una misma obra de teatro de pesadilla, perseguía a Marcelo en todos sus mundos posibles.

Siete tipos armados. «Dígale a su hija que a ella no la queremos, lo queremos al compañero de su hija, que se entregue», «Mi viejo está en el club», y las armas y la ida hasta el club con un escolta que lo apuntaba. «No tiren» y las luces de los Torinos blancos y negros en la calle, todo en blanco y negro, como lo que se veía en televisión. Los tipos revolvieron la casa y se llevaron una foto de la pieza de María Cristina. Los tipos armados tenían mucho temor. A Marcelo lo obsesionaba el contraste entre el temor de los hombres armados y la calma de María Cristina cuando decía «No tengan miedo si me vienen a buscar».

La escena del allanamiento se repetía, a veces con leves variantes, y se mezclaba, siempre, con otra, la del último encuentro con *Tina*. Ella estaba cambiada, con el cabello corto y rubio, con

anteojos, y había unas pizzas, y ella decía que se tenían que ir, ella y Daniel, y cuando decía eso la tristeza se convertía en angustia, y aparecía, de pronto, una fiesta, un cumpleaños de quince en medio del campo, en Los Surgentes, y se escuchaban detonaciones, fuegos artificiales, o tiros, pero la gente seguía bailando, pero después de golpe todos se detenían, preocupados, y cuchicheaban, y se decían cosas al oído, y se escuchaba una gran explosión, pero no ahí, sino en Rosario, en una pensión donde estaban Tina y Daniel, en la bajada Sargento Cabral 72, y entonces se hacía silencio, en todas partes silencio, en la fiesta, en el campo, en Rosario, y bajo las mantas.

Hasta que aparecía el actor Narciso Ibáñez Menta. Su voz de serie de terror hacía bajar la temperatura del mundo bajo las mantas. Y hacía temblar a Marcelo. Narciso decía ser sepulturero. Convocaba a los fantasmas más absurdos y decía cosas que no se entendían, cosas sobre unos enterramientos. Decía frases incomprensibles, solo



para asustar al chico, y Marcelo se refugiaba en los pliegues más tibios de su mundo, y rezaba.

Siete cuerpos semidesnudos, acribillados, a un costado de un camino rural, decía Narciso. Siete cuerpos en una camioneta, y luego en un depósito de un cementerio, siete cuerpos deambulando por la nada, entre edificios descascarados en medio del campo hasta que, finalmente, la pampa gime, grita y bosteza, y una enorme boca se abre en la tierra y se los traga, repetía el actor.

Una fosa oscura bajo las sábanas. No había agua. No era la pileta del club. Ni las aguas rosadas del Saladillo vistas a través de la ventanilla del 225.

Una fosa húmeda y oscura, San Vicente, pilote cinco, cenizas bajo la cruz, cenizas bajo la cruz mayor, susurraba Narciso.

«Que no tenga frío. Que no le hagan daño», rezaba Marcelo.

Primero un sótano bajo un edificio enorme y gris.  
Después camionetas, y detrás, el rastrojero de la familia camino a Mar del Plata, y detrás, los Torinos, en blanco y negro, y detrás más camionetas.  
El 225 volcado en un camino rural, acribillado.  
El cumpleaños de quince detenido, quieto para siempre como un cuadro. El campo. La gran boca negra de tierra abierta y la oscuridad.

«Que no tenga frío. Que no le hagan daño».

\*\*\*



## Colección *Dejame que te cuente*

Qué es un recuerdo sin un relato que lo ubique en la constelación de nuestra propia vida. Aquellos documentos guardados en el fondo de un cajón, esas fotografías que se erigen como monumentos sobre la cómoda, el universo que arrastramos en cajas viejas mezclando postales estampilladas con cartas amarillentas plegadas con prolijidad. Fragmentos que piden ser contados.

Cada historia de vida posee un registro urbano, institucional, familiar; fotos en los cumpleaños, en los casamientos, en el carnet del club o de la biblioteca, en la libreta de la Universidad. Cada biografía sostiene una dimensión común que nos involucra en la historia.

*Dejame que te cuente* es una colección de relatos contruidos a partir de material gráfico y testimonios brindados por familiares, amigos y compañeros de quienes fueron desaparecidos y asesinados por el terrorismo de Estado en Rosario y que integran el acervo del Centro Documental del Museo de la Memoria.

Queremos contar el paso de esas vidas por nuestra ciudad, recuperando tanto la singularidad de su historia como los nexos comunes con la actividad social de nuestro pasado reciente. Voces que emergen y reconstruyen discursos marcados por una voluntad de transformar el mundo y de lograr una sociedad más justa.

Narrar esas vidas es la dolorosa experiencia que los familiares han tenido que realizar en su entorno íntimo y en medio de una ausencia irreversible. *Dejame que te cuente*, este relato biográfico que toma la forma de un libro para cada historia, abre a la sociedad en su conjunto la posibilidad de incorporarse a su narración.

**Dirección del proyecto**

Lucas Almada

**Diseño gráfico**

Valentina Militello

**Redacción**

Pablo Bilsky

**Edición y corrección de textos**

Daniel Fernández Lamothe

**Coordinación general**

Viviana Nardoni





